

por estos soberanos, como lo había sido en otro tiempo por sus antecesores, al sacerdote de Amon. Como era natural, quedaron también aquí descartados los herederos de la dinastía de los tanitas. Scheschonq confirió la dignidad de sumo sacerdote a su hijo Aupuat, nombrándole, al propio tiempo, «general de las tropas del Sur» (algunas veces también se le llama «general de las tropas de todo el país»), es decir, comandante de los ejércitos indígenas. Análoga conducta observaron los monarcas sucesivos: el sumo sacerdote tebano fué, en cierto modo, patrimonio de los segundones del imperio faraónico, de suerte que en el fondo quedaron en Tebas las cosas en el ser y estado que tenían en tiempo de los tanitas.

Por lo demás, la nueva dinastía vigésima segunda procuró también asegurar su poder distribuyendo entre los miembros de su familia el mayor número de elevados cargos militares y sacerdotales; por eso los sacerdotes del Ptah de Menfis y del Harschaf de Heracleópolis fueron por regla general conferidos a príncipes. Esta última ciudad fué, al parecer, elevada a la categoría de fortaleza y de cuartel general de las tropas, cosa que se explica perfectamente por su situación. Por esto el sumo sacerdote tebano Namret, hijo de Osorkon II, por ejemplo, se titula «jefe de las tropas de Heracleópolis,» ciudad en la que sus descendientes desempeñaron diversos cargos sacerdotales. Osorkon I, hijo de Scheschonq I, construyó también una fortaleza a la entrada del Fayum.

El cambio de régimen produjo, por de pronto, nueva pujanza en el exterior, pues si bien los reyes tanitas fueron demasiado débiles para invadir la Siria, nunca dejaron de ocuparse en los asuntos de este territorio. Después que el rey David hubo conseguido libertar a su pueblo de la dominación de los filisteos, tener a raya a sus vecinos y fundar un reino poderoso, debió de serle muy grato al Faraon—probablemente Pisecha'ennu II—que el fastuoso sucesor de David, Salomon, procurara entablar estrechas relaciones con Egipto y pidiera la mano de su hija. El monarca egipcio conquistó la ciudad cananea de Gazer, situada al Noroeste de Jerusalén, para su yerno, regalándosela en dote a su hija. Esto no fué, sin embargo, obstáculo para que Hadad, el heredero del país de Edom sojuzgado por David, hallara refugio en Egipto y se casara con una parienta del rey, y aun para que le fuera permitido volver a su patria y libertarla del yugo israelita. La caída de los tanitas rompió el vínculo dinástico, pues Scheschonq acogió amistosamente a Jeroboam, que había promovido en la tribu de José una sublevación contra Salomon. Cuando a la muerte de éste se disgregó su imperio y la mayor parte de la nación eligió por rey a Jeroboam, creyó Scheschonq (1) que era aquella una ocasión propicia para reanudar las expediciones militares de la décimotercera y décimocuarta dinastía. El incompleto extracto de los anales hebreos, único que hasta nosotros ha llegado (2) y que solo tiene interés para la historia del templo, dice simplemente que en el quinto año del reinado de Roboam, rey de Judá (920 antes de J. C.), Scheschonq puso sitio a la ciudad de Jerusalén y se apoderó de los tesoros del palacio y del templo, entre los cuales figuraban los escudos de oro fabricados por Salomon, siendo muy probable que fuese éste el precio a que Roboam compró la retirada de los egipcios. En una inscripción de Scheschonq que se encuentra en Karnak (3) vemos

(1) La Vulgata le llama Sesac y señala su expedición en el quinto año del reinado de Roboam. (N. del T.)

(2) Reyes I, 14, 25. Que las fantasías de la pretendida Crónica (II, 12) no tienen valor histórico alguno, no hay necesidad de demostrarlo. La misma Crónica (II, 14) ha inventado una victoria de Aza sobre el rey Terach de Kusch que nunca ha existido.

(3) Véase el dibujo en Stade: *Historia de Israel*.

que el ataque de este rey se dirigía simultáneamente contra toda la Palestina, con lo cual quedaría destruida la hipótesis de que Scheschonq atacara al rey de Jerusalén en interés de su protegido Jeroboam. Esta inscripción nada dice acerca del curso de la expedición—en vez de esta relación contiene una calurosa efusión de sentimientos de Amon, que ensalza el poder del rey,—pero contiene una lista de los lugares que en número de más de 140 fueron en parte destruidos, varios de los cuales pueden conocerse a primera vista, apareciendo en ella mencionados, por ejemplo, Ta'anak, Schunem, Machanaim, Gibe'on, Bethoron, Aijalon, Megiddo, Sokko y otros (4). todos estos son lugares conquistados e incendiados por el rey; Scheschonq no fué, al parecer, mas allá de las fronteras de Palestina, y en ninguna parte encontró una resistencia energética, pero tampoco fué su empresa de grandes resultados políticos, pudiendo decirse que revistió el carácter de simple expedición de rapiña para recoger fácil botín y que en manera alguna pudo ser cuestión del restablecimiento, ni aun pasajero, de la soberanía egipcia en Palestina.

La nueva pujanza del poderío egipcio fué efímera; los sucesores de Scheschonq I (5) apenas son mencionados en los monumentos con mas frecuencia que sus antecesores. En Tebas, en Bubastis, en Menfis y en Pithom construyeron algunos edificios; algunas piedras sepulcrales y especialmente las tumbas de los bueyes Apis enterrados durante estos reinados han llegado hasta nosotros, pero con todo ello nos es imposible trazar un cuadro de sus hechos y de su suerte. Que subsistieron las relaciones con los pequeños Estados sirios nos lo demuestra, entre otros, el hecho de que los mas antiguos cultivadores de la historia hebrea, especialmente el narrador efraimita (750 antes de J. C.), están perfectamente informados de cuanto atañe a los asuntos egipcios. Los posteriores Bubástidas solo una vez, que sepamos, tuvieron relaciones mercantiles con este territorio. Cuando el conquistador asirio Salmanasar II atacó los pequeños Estados de la Siria central, formándose contra él en 854 una gran coalición al frente de la cual figuraban Hadad'ezzer de Damasco, Irchulina de Hamat y Acab de Israel, el rey de Egipto, Takelot I ó Osorkon II, envió a los ejércitos coligados un contingente de mil hombres. Los aliados se encontraron con el rey asirio en Qarqar del Orontes, cerca de Hamat, y aunque, según dice Salmanasar, fueron completamente derrotados, lograron evitar que los asirios conquistaran la Siria meridional. No debemos entrar aquí en el curso de estas luchas; Salmanasar y su sucesor alcanzaron muchas victorias, pero no pudieron crear una soberanía asiria permanente en Siria. Por otro lado, no sabemos que los Estados amenazados volvieran a coligarse; de todos modos los hechos demuestran que los Faraones comprendían perfectamente el peligro que para ellos significaba la creación de un reino poderoso en Siria, pero eran demasiado débiles para oponerse energicamente a ella.

La falta de monumentos no indica poca afición a ellos por parte de los soberanos, sino su debilidad. La fuerza de la dinastía bubástida se fundaba en los mercenarios, pero estos no estaban siempre incondicionalmente a su disposición. ¿Por qué lo que había logrado un general atrevido no había de ser por otros imitado? ¿Por qué los jefes que residían en Sais, Xoio, Sebennytos y Mendes habían de someterse a la dominación de una familia que no era mejor que ellos? Además

(4) En la lista se encuentra también un nombre, Judhmalc, que ha despertado gran interés por haber sido traducido «rey de Judá»; esta traducción, sin embargo, es filológicamente imposible, quedando, por lo tanto, en duda a cuál lugar pudo referirse la palabra.

(5) Sus nombres son: Osorkon I, Takelot I, Osorkon II, Scheschonq II, Takelot II, Scheschonq III, Pimai, Scheschonq IV, último de la dinastía (probablemente en 735 antes de J. C.).

añadase a esto que la dinastía reinante estaba desunida, entre otras causas, por la concesión de cargos importantísimos a su línea mas joven. Durante el transcurso del siglo noveno (antes de J. C.) el Egipto se iba fraccionando en una porción de principados parciales y los reyes oficiales a duras penas y solo a fuerza de continuas luchas (de las que encontramos algunas oscuras pruebas en las inscripciones) lograron conservar sobre ellos su soberanía, que acabó por ser muy discutida.

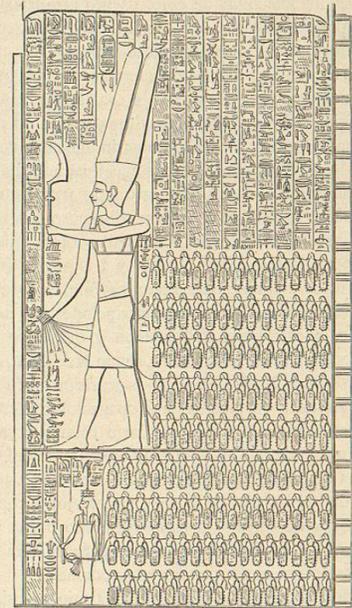
Manethon dice que en 823 antes de Jesucristo empezó a reinar una nueva dinastía, la vigésima tercera, oriunda de Tanis, que no consiguió nunca ser reconocida en todo el Egipto, ó por lo menos en una gran parte de este país, y de cuyos dos primeros reyes, Petubastis y Osorkon III, no poseemos mas que un par de objetos insignificantes. Osorkon III es probablemente el mismo que con el nombre de Osorkon de Bubastis encontraremos mas adelante, de modo que de ser esto cierto, resultaría que la dinastía de Scheschonq perdió la posesión de su patria, habiendo en cambio conservado el dominio de la vecina Busiris, donde a la par que al mencionado Osorkon encontramos uno tras otro a dos príncipes, Scheschonq y Pimai, que quizás son los mismos Scheschonq III y su hijo Pimai de quienes antes hemos hablado.

La soberanía de esta dinastía fué siempre reconocida en Menfis, pues las inscripciones sepulcrales de los bueyes Apis allí enterrados aparecen fechadas según los años de gobierno de sus reyes. La última inscripción de esta dinastía que encontramos en Tebas y que trata de presentes hechos a Amon, lleva la fecha del año vigésimo noveno de Scheschonq III; poco tiempo después, el alto Egipto cayó en poder de los etíopes.

Simultáneamente con la antigua dinastía, cuyo poderío parece cada vez mas limitado, y con la dinastía nueva originaria de Tanis, surgieron en el país otros muchos soberanos que se esforzaban por hacerse completamente independientes. Afortunadamente poseemos abundantes y auténticos datos (1) para estudiar este estado de cosas, análogo al que anteriormente—después de la dinastía octava y antes de la décimotercera—hubimos de examinar con noticias insuficientes. Los «condes y señores de ciudades» no son ya, como antiguamente, nobles egipcios, sino «grandes de los ma,» jefes de mercenarios que se hicieron independientes en sus feudos. Cuando en 775 antes de Jesucristo el conquistador etíope Pi'anchi salió de Tebas y avanzó hacia el Bajo Egipto, el valle del Nilo, desde Hermópolis hacia abajo, y todo el delta estaban fraccionados en muchos de estos pequeños Estados, de los cuales se nos enumeran diez y nueve. Figuraban entre ellos el rey Namret (Nemrod) de Hermópolis, el rey ó príncipe Pefdubast de Heracleópolis, el rey Osorkon III de Bubastis (véase mas arriba) y el rey Aupuat de Tuentremu (de la «ciudad del pez» cuya situación nos es desconocida) en el delta; venían luego muchos «condes y jefes de los ma,» Scheschonq y Pimai de Busiris (véase mas arriba), Zedamenau'anch de Mendes, con su hijo Anchhor, que mandaba las tropas en Hermópolis (en el delta); Nesnaqedi de Xoio, Akanschu de Sebennytos, Patenfi de Phakusa, Nechtharnaschent de Phagroriópolis, Pabesa de Babilonia en Menfis y otros. Los dos que llevan los nombres de Peduast (Petisis) de Athribis y de Bokennifi (2), cuyo territorio no se cita, ostentan el antiguo título de príncipe, *rpa'ti*. El mismo sumo sacerdote de Letópolis, mas abajo de Menfis, aparece también entre los dinastas laicos, lo cual indica que fundó para sí un principado eclesiástico. Entre estos dinastas existían seguramente varias

(1) En la inscripción del conquistador etíope Pi'anchi.
(2) En asirio este nombre se escribe Bukunanni'pi.

categorías: los «reyes» pretendían una soberanía completa, al paso que los «condes» y los «jefes» reconocían, por lo menos nominalmente, un soberano. Quizás la mayoría de estos pequeños Estados formaron una confederación algo relajada, pero lo indudable es que continuamente lucharon unos contra otros, procurando cada uno ser soberano de su vecino y conseguir la corona para su familia.



Amon y la diosa del distrito tebano presentan al rey Scheschonq I una lista de los lugares conquistados.

Los nombres están encerrados en elipses, sobre cada una de las cuales destaca el cuerpo de un sirio encadenado.

De esta suerte la soberanía de los mercenarios llegó a su fin con la disolución completa del imperio de los Faraones.

CAPITULO II

EL REINO DE NAPATA

Por espacio de muchos siglos el alto valle del Nilo formó parte del imperio egipcio y durante los reinados de los monarcas del Nuevo imperio, especialmente de Amenhotep III y de Rameses II, el «miserable país de Kusch» fué convertido en territorio de cultivo, consiguiendo alto grado de bienestar. Aun admitiendo que a consecuencia de las mayores crecidas del Nilo el agua de este río llegara antiguamente mas lejos que en la actualidad, no puede menos de sorprender que en aquel estrecho valle de rocas, cerrado a ambos lados por el desierto, se levantaran tantas ciudades, cada una de ellas con su magnífico templo, en un lugar donde hoy en día apenas logran llevar una mísera existencia algunas aldeas. La autoridad del gobierno permanecía inquebrantable, apoyada por las guarniciones de las fortalezas recientemente construidas, cuya jefatura correspondía al gobernador «príncipe de Kusch.» Es probable que las tribus del desierto que se extendía al Este, los negros del Sudan, hicieran de cuando en cuando alguna incursión de rapiña, que luego motivaba los pomposos cuadros triunfales de los Faraones, pero de lo que no hay noticia ninguna es de que en Kusch ocurriera

una sublevación formal. El tráfico que allí se hacía con Egipto era activo y lucrativo: los negros vendían en estos territorios sus rebaños, colmillos de elefante, pieles de pantera, ébano, esclavos y los sencillos pero elegantes productos de su industria indígena, y el gobierno, amén de los tributos, sacaba cuantiosos ingresos, especialmente de las minas de oro que con actividad se explotaban en el desierto oriental. En medio de aquella población compuesta de las tribus y razas más distintas, los kuschitas de color oscuro alcanzaban cada día mayor preponderancia, por ser los más inteligentes de todos, siendo indudable que se mezclaron con los muchos egipcios que en aquel país se establecieron como funcionarios, soldados o comerciantes, razón por la cual aparecieron exteriormente egipciados por completo durante el largo período de la dominación extranjera. El idioma indígena se conservó en la masa del pueblo, pero las personas ilustradas hablaban egipcio, siendo éste el único idioma que se usaba en la escritura. También la religión egipcia se sobrepuso a la religión indígena. «Los etíopes de Meroe — dice Herodoto — únicamente adoran como dioses a Zeus (Amon) y a Dionysos (Osiris), pero hacia estos sienten veneración profunda, poseyendo, además, un oráculo de Zeus.» Las inscripciones nos demuestran también la existencia del panteón y del culto de los muertos egipcios. El dios principal es, según Herodoto, Amon, pues los reyes del Nuevo imperio procuraron por cuantos medios estuvieron a su alcance la propagación del culto de esta divinidad, cuyo principal santuario estaba situado en Napata (1), al pie de la «montaña sagrada» (la actual Gebel-Barkal), más abajo de la cuarta grande catarata. Este dios, como divinidad provincial de Nubia, está siempre representado con cabeza de carnero y es considerado como un ser distinto del Amon de Tebas, que tiene figura de hombre y a quien se adora como al otro en las inscripciones.

Mientras los Ramésidas ocuparon el trono, subsistió la soberanía sobre Nubia y revistió Hrihor la dignidad de príncipe de Kusch; pero después desapareció aquella soberanía, pues en las luchas entre el sumo sacerdote de Amon y los tanitas, los egipcios perdieron el alto valle del Nilo, que desde entonces constituyó el reino independiente de Kusch. Es probable que los descendientes de Hrihor, al ver que no podían sostenerse en Tebas, se retiraron a estos territorios y fundaron allí un nuevo reino. El reino etíope aparece exteriormente como una derivación del egipcio: sus reyes residían en Napata y sus tropas eran kuschitas, pero llevaban el título y las coronas de los Faraones, llamándose como estos reyes de los dos países y predilectos de los dioses de Egipto. En la familia de Hrihor se encuentra también el nombre de Pi'anchi, que tan a menudo aparece entre los primeros soberanos de Kusch.

El nuevo Estado de Napata era en primer término sacerdotal, mucho más que el reino de los sacerdotes del Amon tebano. La institución en virtud de la cual el rey llegaba al trono, no por derecho de herencia, sino por elección de Dios, nació, al parecer, durante el período siguiente, y de ella trataremos más adelante. Pero tampoco los anteriores reyes podían hacer nada sin la sanción de los dioses: «Marchan al campo — dice Herodoto — cuando Zeus (Amon) se lo ordena y se dirigen adonde les envía.» En todas las ocasiones muestran su adoración al dios y cumplen exactamente los preceptos que se refieren a la limpieza y las prohibiciones tocantes a los manjares; así por ejemplo los sacerdotes y los habitan-

(1) La hipótesis de que la ciudad de Noph, tantas veces mencionada en el Antiguo Testamento, es Napata, apenas es sostenible; teniendo en cuenta los textos de Isaías, 19, 13, Ezequiel, 30, 13, 16, etc., difícilmente puede entenderse bajo aquel nombre sino Menfis, que los hebreos llamaron algunas veces Moph.

tes de algunos distritos del Alto Egipto no pueden comer pescado, al paso que en otros territorios era éste uno de los principales alimentos de los egipcios, como lo demuestran los dibujos funerarios especialmente de los mastabas, que representan escenas de pesca y de preparación del pescado (2). Esta prohibición regia también en Etiopía: cuando el rey Pi'anchi penetró en sión de conquista en el Bajo Egipto, los dinastas indígenas que le rendían tributo «no pudieron penetrar en la mansión del rey porque eran impuros y comían pescado, cosa que en palacio era considerada como una abominación; únicamente pudo entrar en ella el rey Namret de Hermópolis, porque era puro y no comía pescado.» Ya se comprenderá que dado este estado de cosas, los sacerdotes egipcios debían considerar a Etiopía como la tierra de promisión, de lo cual resultó la falsa creencia, extendida entre los autores griegos, de que Etiopía fue la patria de la civilización egipcia.

Sin embargo, este tinte egipcio que presentaba el reino de Napata era puramente externo; los reyes no pensaron nunca en abandonar su patria trasladando su residencia a Tebas. Los generales y poco después también los mismos reyes llevaron nombres etíopes, de modo que su dominación sobre el Egipto fue esencialmente extranjera. Esta diferencia se nos presenta clara en un detalle que aunque pequeño tiene para nosotros capital importancia: las inscripciones de los soberanos etíopes carecen de las altisonantes frases con que en los monumentos egipcios se ensalza a los reyes y a los dioses, y en cambio contienen noticias históricas concretas y consignadas de una manera hasta cierto punto objetiva. El etíope era indudablemente de más limitada inteligencia que el egipcio, pero en cambio mostraba mayor sensatez.

El poderío de los soberanos de Napata se aumentó a medida que el de los reyes mercenarios de Bubastis se disminuía, pudiendo a la postre dirigirse contra Egipto en sión de conquista. Al parecer, a fines del reinado de Scheschonq III, allá por el año 800 antes de J. C., cayó en su poder la ciudad de Tebas. En la primera mitad del siglo octavo el valle del Nilo hasta cerca de Hermópolis estaba sometido a la soberanía del rey etíope Pi'anchi, y en todas las ciudades importantes había guarniciones etíopes. El resto del país estaba, como hemos visto, fraccionado en pequeñas soberanías, y muy pronto la tentativa de un dinasta hábil y atrevido para poner término a este estado de cosas dio a los etíopes pretexto para nuevos avances.

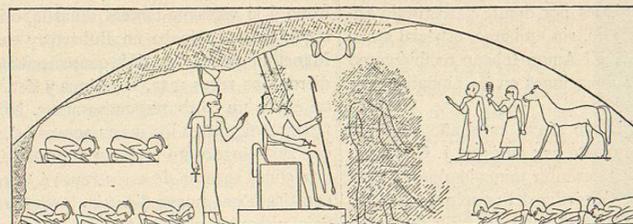
El jefe de los ma, Tefnacht, gobernaba como «príncipe del Oeste y gran conde» en la ciudad de Sais, situada en el brazo del Nilo de Roseta, en el delta occidental, santuario de la diosa guerrera Neit, venerada desde los más antiguos tiempos y en extremo respetada aun por los vecinos libios. Este jefe había extendido su soberanía por todo el Oeste del delta, incluso las ciudades de Xoix, Momemphis y otras, y hasta sobre la misma Menfis, reuniendo en su persona el sacerdocio de la diosa de su patria y la dignidad de sumo sacerdote del Ptah de esta última ciudad; y aun cuando no adoptó el título de rey, era más poderoso que todos los dinastas de los mercenarios, los cuales para salvar su propia existencia hubieron de reconocer uno tras otro su supremacía. «Se apoderó de todo el Occidente desde los lagos pantanosos hasta Tetau (al Sur de Menfis) y los condes y soberanos le seguían como perros.» Todos los antes nombrados príncipes parciales, ora se llamasen reyes, como Osorkon de Bubastis y Apuat de Tentremu, ora fuesen condes o jefes de los ma, ora simples

(2) Véanse Herodoto, II, 37, 92, y Plut., *De Is.*, 7. Véanse también los datos relativos al producto de la pesca en el Fayum. Solo en los países interiores estaba bastante vedado generalmente el uso de pescados de mar.

príncipes, «todos los grandes del país septentrional que llevan plumas, todos los condes y soberanos de ciudades del Oeste y del Este y de las islas intermedias, parecían unidos en su séquito bajo una sola soberanía.» «Al que reconoce su poder (?) le permite que se siente en sus tierras como conde y príncipe de ciudad.» Tefnacht, como los Faraones de la undécima y de la decimaséptima dinastía, estaba en camino de unir nuevamente en un solo reino a todos los pequeños Estados y de fundar una nueva dinastía. Una vez conquistado todo el delta, se dirigió hacia el Sur al frente de un poderoso ejército y seguido de multitud de príncipes de él dependientes. Ninguna ciudad, ninguna fortaleza de las que más arriba de Menfis se levantaban pudo resistirle: «Meritum (Meidum), la fortaleza de Osorkon I en el Fayum, Krokodilópolis, Oxyrynchos, Tekanesch (desconocido) y todos los demás lugares del Oeste le abrieron sus puertas por miedo.» Dirigióse luego a los distritos orientales del Nilo

y se le rindieron asimismo Ha'tbenu (Hipponon), Tajuzit (desconocido) y Aphroditópolis. La ciudad de Heracleópolis, cuyo rey Pefdubast no quiso someterse, fué sitiada; el rey Namret de Hermópolis destruyó su propia fortaleza de Nofrus y se dirigió al campamento que Tefnacht tenía establecido delante de Heracleópolis para prestarle vasallaje.

Sin embargo, este desarrollo de poderío era al propio tiempo una amenaza seria para el reino etíope; diariamente los príncipes de ciudades a él sometidos y los comandantes de la guarnición que se encontraba en el país enviaban mensajeros a la corte del rey Pi'anchi diciéndole: «¿Eres tonto, por ventura? ¿No sabes nada de los distritos del Sur? Tefnacht los está conquistando sin encontrar resistencia en parte alguna.» En realidad, era para el rey de Napata una verdadera necesidad tomar seriamente cartas en el asunto, si no quería perder su poderío y ver en definitiva comprometida la independencia de Etiopía; por esto «envió a los condes y jefes de las ciudades



Homenaje de los reyes y príncipes egipcios a Pi'anchi.

La imagen de Pi'anchi aparece borrada; detrás de él está sentado en un trono Amon, a quien sigue su esposa la diosa Mut. Algunos príncipes mercenarios están caracterizados por el distintivo de la pluma en la cabeza.

egipcias, a los generales Puarma, Ru'amerseki y a todos los demás estacionados en Egipto, socorros y órdenes mandándoles que se dirigieran Nilo abajo contra Tefnacht y sus vasallos, y ofrecieran de paso su homenaje al Amon de Karnak.

Según la relación que de la victoria hace Pi'anchi, el ejército consiguió grandes triunfos; primero fué derrotada la escuadra enemiga en el Nilo y después, delante de Heracleópolis, el ejército de Tefnacht, cuyos restos sufrieron al día siguiente una dispersión completa. Pero en esta como en todas las narraciones análogas debemos hacer algunas rebajas, pues si bien Heracleópolis fué evacuada y Tefnacht se vió obligado a huir, en cambio el rey Namret logró escapar hacia el Sur, refugiándose en su ciudad de Hermópolis, no quedando a las tropas etíopes más remedio que ir en su persecución y bloquearle y pedir al propio tiempo socorros a Napata.

«El rey se enfureció como una pantera al saber lo que ocurría» é indignado porque sus tropas no habían acabado con el enemigo, resolvió salir a campaña. Después de haber presentado sus homenajes al Amon de Tebas, se unió a su ejército, que entretanto se había apoderado de varios lugares como Oxyrynchos é Hipponon y hecho prisionero a un hijo de Tefnacht, y comenzó el sitio en regla de Hermópolis, construyendo una cerca y colocando en ella máquinas de sitio. A los tres días quería ya la ciudad rendirse; pero el encolerizado rey rechazó toda capitulación, hasta que la esposa y la hija de Namret se dirigieron a las mujeres de Pi'anchi, implorando clemencia y consiguiendo su intercesión. Namret hizo ricos presentes al vencedor, regalándole entre otras cosas un caballo; Pi'anchi verificó su entrada triunfal en la ciudad, adoró al Thoth y a los ocho dioses que al lado de éste estaban, é inspeccionó el palacio, el tesoro y las caballerizas de Namret, mostrándose indignado porque los nobles corceles,

a consecuencia de la resistencia de su amo, habían enflaquecido. Las riquezas y los almacenes allí existentes fueron adjudicados al patrimonio del Amon de Tebas. Hácese notar especialmente en la inscripción que «las mujeres y las hijas de Namret se presentaron delante de él y ensalzaron su majestad a modo de esposas, sin que él les dirigiera una sola mirada.»

Después de la toma de Hermópolis se rindieron sin resistencia los lugares situados más hacia el Norte, las fortalezas de Osorkon, Meritum y Tetau; el rey Pefdubast de Heracleópolis saludó al conquistador como libertador suyo. Solo Menfis se atrevió a resistir; Tefnacht consiguió durante la noche introducir en la fortaleza un ejército de 8,000 hombres y abundantes provisiones, pero la escuadra etíope se apoderó del puerto y la ciudad fué asaltada, «siendo acuchillados muchos de sus habitantes y conducidos otros ante el rey como prisioneros.» Con esto quedó terminada la guerra; una tras otra fueron sometidos las ciudades del país septentrional y todos los dinastas del delta se apresuraron a presentarse con muchos regalos en el campamento de Pi'anchi y a solicitar su gracia. El reino del soberano de Sais, que estaba en el período de formación, desapareció por completo y sus vasallos se convirtieron en feudatarios etíopes.

Tefnacht, sin embargo, se mantenía aun en su patria, y su poderío dentro de ésta se conservaba todavía incólume, habiendo adoptado las medidas convenientes para hacerse fuerte en las islas de difícil acceso y destruyendo todo cuanto podía caer en poder del enemigo. Pi'anchi, desde Athribis, donde hizo alto, envió contra aquel al dinasta Petisis, que había sido bastante hábil para conquistarse el favor de su nuevo soberano y que combatió con algún éxito. Esto no obstante, se comprendió claramente que por este camino no se llegaría al fin que se deseaba; Pi'anchi temía enredarse en una larga